



ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

EL PASO HONROSO.

Cumpliendo la oferta que hicimos en nuestro anterior artículo, vamos á dar una brevísima, pero exacta idea de este galante episodio de la historia de España, consagrado á una dama, por la que se rompieron tantas lanzas al reto de Suero de Quiñones, tan afamado desde entonces. Lástima que los estrechos límites del *Album* no permitan mas estensas proporciones á un suceso que pinta tan bien las bizarras costumbres de nuestros mayores en el siglo XV, y las ceremonias que tenian lugar en las famosas justas, donde desplegaban todas las virtudes que constituyen un perfecto caballero.

Honraba D. Juan II en Medina del Campo, acompañado del Condestable don Alvaro de Luna, al comenzar el año 1454, una de aquellas fiestas tan comunes en su reinado turbulento y galante, cuando aparecieron en el baile diez caballeros, armados de blanco, y de gentil continen-

te y gallardía. Suero de Quiñones, caballero de los principales de la casa del Condestable, iba á su frente, y eran los demas gentiles hombres de gran nobleza y valor. Acercóse reverente al Rey, y besándole piés y manos, despues de tomar su venia, un faraute que llevaba presentó respetuosamente al Monarca la peticion siguiente:

«Deseo justo es, en los que en prision están, el de recobrar su libertad; y como yo, de gran tiempo acá, sea en prision de una muy virtuosa y hermosa señora, en señal de lo cual todos los jueves traigo á mi cuello este hierro (y todos fijaron la vista en una argolla que llevaba al cuello) en nombre del apóstol Santiago he concertado mi rescate, que será trescientas lanzas rotas por mí y por otros caballeros que me acompañen, rompiendo tres con cada caballero que al sitio viniere, contando por rota la que hiciere sangre; y esto será quince dias antes del apóstol Santiago, y quince despues, salvo si antes mi rescate fuese cumplido, en el derecho camino donde las mas gentes suelen pasar en romería para el sepulcro del Santo. Y por tanto certifico á todos los caballeros y gentiles hombres que allí

fueren, que hallarán arneses, caballos, armas y lanzas tales, que cualquiera ose dar con ellas sin temor de que se quiebren por pequeño golpe. Y notorio sea á todas las señoras de honor, que cualquiera que fuese por aquel lugar donde yo estuviere, si no lleva caballero que haga armas por ella, perderá el guante de la mano derecha.»

Acostumbrado D. Juan á peticiones de esta clase, frecuentes en un siglo caballeroso y guerrero, retiróse, y celebró, segun costumbre, consejo con los principales caballeros de su corte; y habiéndose acordado ser justicia otorgar á Quiñones su peticion, volvieron todos al baile, y dijo el faraute: «Sepan todos los caballeros y gentiles hombres del muy alto Rey nuestro Señor, como él da licencia á este caballero para esta empresa, guardadas las condiciones que van dichas.» Dió Quiñones al Rey gracias, y aplazó á seis meses la empresa, publicando los reyes de armas sus capítulos en todos los pueblos de la cristiandad donde fuese posible para que pudiesen asistir cuantos caballeros españoles ó extranjeros desearan señalarse en ella, é invitando á los mas afamados paladines.

A cinco leguas, camino de Santiago, vése una floresta, orilla del Orbigo, elegida por Quiñones para su honrosa empresa. Despejada para la liza y las tiendas, obra fué de mucho tiempo y de cuantiosas sumas, levantarlas y los palcos, con régia pompa, todo á costa de Quiñones, y el alojamiento espléndido de cuantos caballeros acudiesen. Baste decir que una estatua de esquisito mármol, colocada en el camino, señalaba con la mano un gran letrado en que se leía: *Por ahí van al Paso.*

Amaneció el 11 de julio poblando el aire los ecos marciales de distintos instrumentos bélicos, é infundiendo á los guerreros ardimiento para la noble empresa á que se preparaban. Suero salió con los suyos á recibir el vistoso y poblado campo. Ostentaba su divisa — *il faut deliberer*, leyéndose al rededor de su empresa:

« Si á vous ne plait d' avoir mesure,
Certes je dis
Qui je suis
Sans venture. »

Prolijo fuera describir la riqueza de los trajes y armaduras de Quiñones y sus compañeros, los arneses de sus caballos, las vestiduras de suspajes, las armas, motes y escudos; hacer mencion de los demas caballeros, hijosdalgo de la primera nobleza, descendientes algunos de reyes, distinguidos en las batallas, y de los aventureros ó conquistadores que habian acudido.

Precedida de trompetas y atabales, cubiertas las trescientas lanzas en un precioso carro con ricos paños de terciopelo bordados de oro, y multitud de flores, entró tan vistosa comitiva; y parando al fin de la segunda vuelta frente al palco de los jueces, requirióles Quiñones juzgasen sin respeto ni amistad de lo que allí pasase, igualando las armas entre todos, y dando á cada uno la honra y prez que por su valentía y destreza mereciese. El hijo de Benavente y otros muchos caballeros, rogaron á Quiñones sustituirle si alguna desgracia en la justa le impedia terminar su empresa; pero habiendo reclamado su derecho los mantenedores del *paso*, quedó acordado por los jueces que solo ellos entrarian en la liza,

y que proseguirían su aventura los que quedasen ilesos, haciendo armas por sus compañeros, sin que ninguno de fuera les supliere. Un gran festin terminó aquel día; y el siguiente vió la lucha de amor español, á que ninguna extranjera ha igualado. Micer-Arnaldo de la Floresta Bermeja, alemán, que habia acudido desde las orillas del Elba, ganoso de fama, midió sus armas con Suero, quebrándole éste tres lanzas. Treinta días duraron las justas, diéronse setecientas veinte y siete carreras, y se rompieron ciento sesenta y seis lanzas. Dispuestos estaban á romper las trescientas capituladas Quiñones y los suyos, pero faltaron conquistadores, y eso que solo de diferentes naciones acudieron sesenta y ocho valerosos justadores.

Lances hubo muy variados en aquellas fiestas, consagradas á las damas, y ninguna de las que iban en romería á Santiago, quedó sin caballero que rescatase su guante derecho, cautivo en el palco de los jueces al atravesar el *paso*, rompiendo las tres lanzas prescritas. Y no fueron felices todos los lances, pues que hubo caídas peligrosas, descomunales heridas, y hasta un infeliz caballero murió en la liza atravesado por una lanza. ¡Tan superior á la idea del peligro era entonces el culto á las hermosas!

Cumplidos los 30 días señalados para la defensa del *paso*, entró de nuevo en el palenque con la comitiva que antes el bravo Quiñones, y pidió á los jueces en alta voz le mandasen quitar el hierro de la prision de su muy virtuosa señora, por cumplido su rescate. Así se lo otorgaron; y á presencia de aquel público, tan numeroso como entusiasta de la bizzaría, el rey

de armas y el faraute quitaron á Suero la argolla.

Libre el buen Suero, los valerosos caballeros que le habian ayudado en la alta empresa de defender el *paso*, pidieron testimonio, para blason de sus familias, de haber hecho aquellas armas. Pasado otro día en festejos, dejaron aquellos forzados españoles el lugar donde tanta gloria habian adquirido, y tornaron á Leon, cuya ciudad les recibió con el honor y pompa merecida.

Así descansaban nuestros mayores de las fatigas de la guerra; así conquistaban el amor de las damas, ornados ya de laureles alcanzados contra los Agarenos; así voló de un polo á otro polo la fama de la caballería española; así cedió á su empuje la Italia y la Flandes; así fuimos el terror de la Europa. Pues todo fué debido al entusiasmo que inspiró la mujer; de todo es obra esta pasión divina.

A. Pirala.

LITERATURA.

Al jóven y distinguido poeta

DON JUAN GUILLEN BUZARÁN,

en la muerte de su esposa.

Cuando de un golpe destruye
Nuestra ventura la muerte,
Y su mano áspera y fuerte
Nos oprima la razon,
Para el dolor no hay consuelo,
Y las palabras son ruido
Que se estrella en nuestro oido
Sin llegar al corazon.

Así aunque mi voz se eleva
En tu inmenso desconsuelo,
No es que pretendá tu duelo
Ni tu amargura calmar;

Son muy tristes mis canciones,
Porque el dolor las inspira,
Y las cuerdas de mi lira
Siempre él las hace vibrar.

—
Déjalas, pues, que resuenen,
Y llora mientras yo canto,
Que tal vez mas que no el llanto
Amargos mis cantos son.

Y únicamente las lágrimas
Sé que al dolor satisfacen,
Pues bajo sus gotas nacen
La fé y la resignacion.

—
Viértelas sobre esa tumba
Donde tu dicha se encierra,
Que ya no la hay en la tierra
Para quien perdió su amor:

Allí como un suave aroma
Teresa irá á recibirlas,
Pará despues esparcirlas
Ante los piés del Señor.

—
Mas tú no hallarás placeres
Que no estinga su memoria:
Aunque poesía y gloria
Brillantes lauros te den,

Solo ornarán una tumba
Esas coronas divinas,
Que serán rudas espinas
Pará tu lánguida sien.

—
¿Cómo oír de los aplausos
Sin amargura el murmullo
Si tu amada, con orgullo,
No le escucha resonar?

¿Cómo no odiar la fortuna
Que te brinda sus favores,
Si el ángel de tus amores
Ya no los puede gozar?

Por eso cuando á dos séres
Une el amor verdadero,
Es el que muere primero
El mas feliz de los dos,
Que al triste que sobrevive
No le queda en su quebranto,
Mas que un consuelo... es el llanto!
Mas que una esperanza... Dios!!

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

Ciudadela de Jaca, 6 de Mayo de 1832.

—
UNA CORONA DE ENCINA.

—
NOVELA.

(Conclusion.)

El conde Stalen partia con él los aplausos de la multitud, que los aclamaba por igual, y el nombre del vencedor era todavía un problema, cuando Erasmo imploró su ángel bueno, su madre, que semejante á la divinidad velaba sobre él de una manera invisible.

Entonces leyó con voz firme y sonora los trozos escogidos de su traduccion de los padres de la Iglesia griega, monumento de una piedad sincera y de una vasta erudicion.

En aquel momento, los numerosos espectadores que contenia la sala del Concurso, comprendieron que se hallaban delante de uno de esos grandes talentos que aparecen de vez en cuando para ilustrar el pais que los vió nacer, y en su entusiasmo, cubrieron el suelo con ramilletes de flores, haciendo retemblar el pavimento con sus estrepitosos aplausos. Orgulloso Erasmo con su triunfo, no abriga mas que un pensamiento, una idea... su madre... que está allí, que le vé, que va á ser feliz con su corona de encina debida solamente al mérito y á la aplicacion. ¡Qué gloria para ella! sin su re-

cuerto, sin su amor, Erasmo sabia muy bien que hubiera sido vencido como otras veces en la lucha.

Al fin; despues de minuciosos debates, los magistrados y profesores van á proclamar al vencedor... el profesor mas anciano se adelanta en medio de un religioso silencio, toma la corona de encina y se prepara á nombrar al elegido. Todas las miradas estaban fijas en Erasmo, que temblaba de emocion.

—Muchos han sido dignos de un gran premio, dijo al fin el anciano profesor, y es ciertamente sensible no poder recompensarlos; pero... no tengo mas que una corona, y proclamo al señor conde de Stalen.

Un murmullo de indignacion general acogió el nombre de conde, sucediendo á este murmullo un sentimiento de compasion hácia el pobre huérfano.

El infeliz Erasmo que acababa de perder la mas bella de sus esperanzas, cayó sin sentido, exclamando:

—¡Madre mia!

Del magnífico palco del duque de Borgoña sale á esta voz una mujer que atraviesa la sala como un relámpago, y cae de rodillas ante el huérfano, sosteniendo cariñosamente su cabeza, que cubre de besos y de lágrimas, exclamando:

—¡Perdon, hijo mio! perdona á tu madre!

Era la princesa Jaquelina, la soberana de Holanda, que al ver la admiracion que esta escena producía en el auditorio, se levantó, y dijo con voz solemne:

—Nobles caballeros de Holanda, y vosotros fieles vasallos míos, reconoced en este niño á quien su orfandad acaba de privar de la mas justa recompensa, al hijo de vuestra legitima soberana, y de su digno esposo Borcelin, Stalhonder de Holanda.

Querido tío, añadió volviéndose hácia el duque de Borgoña, os cedo el objeto de todos vuestros deseos, la corona que heredé de

mi padre, y os la cedo gustosa, porque solo á ese precio se me permite ser esposa y madre.

Erasmo abrió entonces los ojos.

—Hijo mio! exclamó Jaquelina, acabas de perder una corona, la corona de conde soberano!

—¡Y puedo sentirla! respondió el niño abrazándola con alegría; ¿puedo sentirla cuando su pérdida me devuelve una madre?

RÓBUSTIANA ARMIÑO.

EL DIARIO DE UNA RECIEN CASADA.

A las ocho de la mañana de hoy ha partido Enrique para Valencia, donde reclaman su presencia negocios de interés.

Le he pedido que me dejase ir con él, he suplicado, he llorado... pero inútilmente... mi amado tirano ha permanecido inflexible. Ha objetado las fatigas del viaje, los rigores de la estacion, y ha colocado en primer lugar, con una apasionada elocuencia, mi interesante salud, que exige muchos cuidados; por manera que hemos convenido en que me quedaria en Madrid: le he acompañado á la diligencia, y tan luego como el carruaje ha desaparecido por lo alto de la calle de Alcalá, me he vuelto á casa con los ojos preñados de lágrimas y el corazón oprimido.

Enrique me ha ofrecido que volveria dentro de quince dias sin falta. Quince dias! Qué eternidad, Dios mio!

¡Quince dias dan un total de trescientas sesenta horas; trescientas sesenta horas, representan veinte y un mil seiscientos minutos; los cuales equivalen á un millon doscientos ochenta y seis mil segundos! Por manera, que vamos á estar separados un millon doscientos ochenta y seis mil segundos; nosotros, qué hace cuatro meses que nos he-

mos casado, durante los cuales no nos hemos separado un instante!

Son muy crueles los hombres!

Enrique tan luego como llegue á Valencia me escribirá, y si algo puede tranquilizar mi espíritu, es la idea de que en breve recibiré carta suya. Escribe con tanto fuego! Aun recuerdo las emociones que me causaban los billetes que me dirigia antes de casarnos: los conservo como reliquias. Qué pasión! cuánta gracia y poesía!

—Adónde te dirijo las cartas? le pregunté.

—Es inútil que me escribas, me dijo, no estaré en Valencia mas que horas.

—Bien, pues en tal caso, exclamé gozosa por mi inspiración; día por día, hora por hora, llevaré un diario exacto y minucioso de mis palabras, acciones y pensamientos; á tu regreso lo leerás y te convencerás de que no he cesado durante tu ausencia de vivir contigo y para ti.

Enrique se sonrió, y me dió un abrazo por esta idea, que le pareció ingeniosa.

Son las ocho de la noche. Qué haré hasta la hora de acostarme? Reeleré sus cartas, nadie creo que puede venir á distraerme, además:

—Julia, no recibo á nadie... oyes, á nadie...

Dios mio, qué noche tan mala! cómo silba el viento, pobre Enrique! debe pasar mucho frio! Me estremezo al pensarlo.

Miro al acaso las cartas de mi esposo. Cuál eres tú, la primera que te ofreces, y llevas el núm. 19? Ah, te reconozco. Tú me fuiste entregada una noche que estaba cantando el *final de Lucrezia*. Enrique se acercó al piano con el pretexto de volver la hoja, y... Dios sabe cómo desempeñó su cometido! Retardó la vuelta cinco compases... afortunadamente sabia yo de memoria el acompañamiento.

Veamos lo que dice el núm. 19. Maldigo los obstáculos que retrasan nuestro enlace; me parece imposible que llegue ese hermoso día; cada noche, al retirarme, mi corazón se oprime, y á pesar de mi dignidad de hombre, las lágrimas se me saltan como á un niño. Tan luego como seas mi esposa jamás me apartaré de tu lado, y arreglaré mi vida de manera, que solo la muerte nos separe.

¿Y es posible que despues de cinco meses el autor de este párrafo de amorosa elocuencia corra á galope solo por el camino de Valencia, mientras que yo, su mujer, tengo la necesidad de afligirme en Madrid? ¡Oh, Enrique, Enrique! Me amarás acaso menos que cuando me decias que el solo contacto de tu mano con la mia llenaba tu pecho de inefable placer?

Lo cierto es, que esta lectura, con la que esperaba pasar una buena noche, me ha puesto de mal humor. Ah! por qué el marido realiza de una manera tan estraña los encantadores programas del amante? En qué consiste que el *antes* y *despues* son dos puntos que la bendición nupcial separa con insondables abismos?

Me siento mala, voy á acostarme.

Traidor Enrique! me parece que te odia como una italiana, sino te amase como una española.

9 Diciembre, al medio día.

Apenas me levanté recibí la siguiente carta de mi suegra:

Querida nuera: He sabido la repentina marcha de Enrique para Valencia y he anticipado mi regreso á la corte; no es prudente que una joven de tu edad y condición esté sola y sin persona que la guarde durante la ausencia de su legitimo protector, que es su esposo; por lo tanto he vuelto á Madrid,

donde me llamaban mi corazón y mi deber. Os aguarda vuestra apasionada madre

Marquesa de la Flor.

La marquesa de la Flor, á quien apenas conozco, es la madre de mi esposo, por cuyo título tiene derecho á todos mis respetos y atenciones.

Acabo de almorzar; cuando me he visto sentada á esa mesa que diariamente regocija con su presencia Enrique, y que me ha parecido grande como el mundo y triste como el desierto, mi apetito ha desaparecido como el humo, y no he devorado otra cosa que mis lágrimas.

Voy á casa mi madre; podré al menos hablar con ella á mi sabor de Enrique.

El mismo día á las diez de la noche.

Vuelvo fatigada, estenuada, aburrida, no hago mas que bostezar de fastidio: indudablemente que mi suegra es una señora muy respetable y digna de aprecio, pero á su lado me sería imposible vivir; no simpatizamos: le ha disgustado el corte de mi vestido, el color del pañuelo y la hechura del sombrero. En mal hora dije que me gustaba la música y que diariamente consagraba dos horas al piano! Culpables palabras que me han atraído una nube de invectivas!

—Ante todo, ha concluido mi suegra con tono grave y sentencioso, una mujer casada debe ocuparse de sus hijos.

—Cuando los tiene, contesté sonriendo; pero hace cuatro meses que me he casado, por manera que ni Enrique ni yo tenemos aun que pensar en ellos.

Sin duda, al parecer de mi querida suegra, habré dicho una blasfemia, pues me ha mandado callar, murmurando entre dientes espresiones que no la entendi.

Visto el mal giro que llevaba nuestra conversación, me puse á hablar de tí, querido

Enrique, diciéndole cuán feliz me consideraba con llamarme tuya, y lo que me apesadumbraba tu ausencia.

—Guárdate, hija mía, de hacer semejantes confianzas á personas mas severas que yo, contestó frunciendo las cejas.

—Por qué, señora? pregunté admirada.

—Porque podrian creer que amabas á tu marido de un modo impropio.

—De un modo impropio? pues qué se puede amar de dos maneras á un marido?

Así se pasó el día, que me pareció eterno é insoportable; la comida fué llena de solemnidad y etiqueta, y servida por dos lacayos vestidos de negro, que mejor que lacayos me parecieron espectros; por la tarde vinieron las amigas de mi suegra la marquesa á hacerle la córte; se reunieron hasta diez, y si se hubiera cotizado la edad de todas ellas escudieran con mucho á Matusalen. He sido analizada y comentada, luego han puesto mesa de tresillo, y yo he contado los arabescos del techo llena de fastidio; por último, á las nueve me he retirado, prestando un fuerte dolor de cabeza.

—Hasta mañana, querida, me dijo la marquesa dándome un beso en la frente.

Dios mío! vos que sois justo y bueno libradme de este castigo.

(Se continuará.)

TEATROS.

Si grande fué el triunfo que obtuvo la señora Gazzaniga en la *Lucrezia*, justamente llamada en Italia la Raquel lírica, mayor ha sido el que ha conquistado en la representación de *Luisa Miller*. Es imposible entusiasmar y arrebatarse al público mas que lo hace en el tercer acto, en aquel dúo con el señor Malvezzi, donde no se sabe qué admirar mas, si la maestría del canto, ó la inimitable espresion que le dan tan consumados artistas.

La ovacion es completa: todas las noches los aplausos son unánimes, y al final de la ópera tienen que salir tres veces á la escena.

Después de esta novedad, ha ofrecido el *Príncipe* la de una comedia nueva en prosa, titulada *Esperanza*, que ha sido muy bien recibida por la escogida concurrencia que llenaba el coliseo. En el *Tío Tararira* está Arjona mejor que siempre. Se le recomendamos á los téticos.

En *Varietades* se han estrenado tambien dos piececitas, *Narcisito*, y *Quien á cuchillo mata...* La primera es un juguete cómico muy divertido y versificado con gracia; y la segunda es una traduccion no escasa de interés. Va adquiriendo crédito este teatro.

El *Circo*, en tanto que pone en escena la *Cisterna encantada*, de que tenemos muy buenas noticias, está entreteniendole con aceptación al público con las zarzuelas de su antiguo repertorio.

En el teatro de *Lope de Vega*, se está ensayando el drama nuevo original, y en verso, cuyo título es *Mujer y Madre*.

En la *Cruz* el *Terremoto de la Martínica*, bien ejecutado y decorado, atrae bastante concurrencia, no habiendo sido escasa en general la de todos los teatros.

MODAS.

Hemos tenido ocasion de ver en los almacenes de una de nuestras mas acreditadas modistas el equipo completo, que se estaba empaquetando, para una dama jóven y elegante que reside habitualmente en una de nuestras provincias meridionales.

Lo primero que nos ha llamado la atencion ha sido un lindo traje de levantarse: Era un peinador de cachemir francés, fondo verde, con dibujos de grandes palmas orientales en el bajo de la falda: es de una pieza por delante, sin talle y fruncido en la cintura: Le sirve de pelerina una especie de vuelta de felpa, color de rosa, y que continúa por delante hasta el bajo de la falda: ésta va abierta sobre otra blanca, guarnecida de volantes de *quipure*.

Con este traje es indispensable una gorra; y la escogida era de muselina bordada con guarniciones de *Valenciennes*, entre las

que van mezclados algunos lazos de cintas estrechas.

Unas zapatillas de piqué verde arrasado con un madronito encima, rodeado de blonditas blancas, eran de rigor con la elegante bata.

Para traje de calle un vestido de tafetan de Italia color oscuro con cuatro volantes: éstos son de ondas mosqueteras, cuya orilla es del color del vestido, hasta la altura de tres centímetros: despues una tira negra del mismo ancho sigue los contornos de la onda: este género de guarniciones es de muy buen efecto: El cuerpo es alto, cerrado, con aldetas, y guarnecido, lo mismo que las mangas, de tiras correspondientes á las de los volantes.

A este vestido debia acompañar su sombrero negro, con rizados de cinta de seda de color oscuro, ribeteada de puntilla de blonda negra: una manteleta pequeña de terciopelo negro, bordada de trencilla ó guarnecida de blonda, y por complemento botitas de seda para el buen tiempo, y para las aguas de piel inglesa negra, con la caña de lo mismo y abotonada.

Para recibir en casa un vestido de droguet, fondo negro, con dibujo azul muy menudo. Este traje va guarnecido por delante de dos tiras de blonda negra, formando ondas, y en el medio lazos de cinta azul y negra. El cuerpo, con aldetas y abierto, va guarnecido de blondas, y con profusion de lazos en la cintura y mangas: las puntas de estos lazos caen sobre la falda, con un efecto de gracia y coquetería.

El *fichú* que va con este traje es de punto de Inglaterra, con dos guarniciones, y sujeto con lazos de cinta azul.

Una manteleta-écharpe de *quipure* negro, hecha de entredoses y tiras fruncidas, va muy bien con este vestido: sobre cada uno de los entredoses se coloca una cinta azul, y la manteleta va guarnecida todo al rededor de lacitos de cinta azul núm. 1. El conjunto de este traje es muy distinguido.

Hé aquí, lectoras mías, tres trajes completos para la vida de un dia de una dama elegante. Sirvan de modelo á la que quiera serlo. Se pueden variar los colores segun el gusto de cada una, ó las exigencias del momento: hacer mas ó menos sencillo el traje de mañana, mas rico el de visita, y de mas lujo el de calle. — *Aurora*.